

inas del
os que
ejo Jock
isciplinar-

or es el
de inter-
erse a los
una per-
ca así el
e un tra-

ue consi-
de proce-
omo bien
se prac-

da de la
s, y espe-
; después
hermanas,
ndo por
la sopa,
a. Y pro-
illa desde
mido...⁵³

a un ex-
los otros
ortar, por
personal,
ra.⁵⁴ Otro
e las visi-

as visitas!
na habita-

ción grande, probablemente con un montón de p
y con guardianes que van y vienen para asegura
no haya intercambio alguno de planes ni de instr
fuga. Nos vemos por encima de una mesa de 1,80
ancho, en cuya parte central una especie de e
protección, de 15 centímetros de altura, impide
mente que nuestros gérmenes se mezclen. Se m
un higiénico apretón de manos al comenzar la c
uno al final; el resto del tiempo solo podíamos p
sentados mirándonos, mientras nos gritábamos a
esa distancia inmensa.⁵⁵

Las visitas se efectúan en un locutorio próximo
da principal. Hay una mesa de madera, a un
cual se sienta el preso y al otro sus visitantes. E
ocupa la cabecera; oye cada palabra que se pron
la cada gesto y cada matiz de expresión. No hay
alguna —ni siquiera cuando un hombre se encuen
mujer, a quien acaso no ha visto desde hace año
poco se permite ningún contacto entre el presi
visitante, ni, por supuesto, el intercambio de obj

Una forma aún más pronunciada de este tipo de
contaminadora ocurre, como ya se ha insinua
confesiones dispuestas institucionalmente. Cuand
denunciar al otro significativo, y en particular c
está físicamente presente, la confesión de la rel
extraños puede acarrear una contaminación int
relación misma, y a través de ésta, del yo. Una
de tales prácticas en un convento lo ejemplifica

Las más valerosas entre las emocionalmente vulne
las hermanas que se levantaban juntas para confe
pa: haberse apartado de sus obligaciones para
la una de la otra, o quizás haber hablado, en el
un modo que excluía a las demás. La atormer
inequívoca denuncia de una afinidad naciente as
relación el golpe de gracia que por sí mismas acas
ran sido capaces de asestarle, ya que toda la con
cuidaría en lo sucesivo de que esas dos se mantuvi
das. La pareja recibiría ayuda para liberarse de u

55 Hassler, *op. cit.*, págs. 62-63.

56 Dendrickson y Thomas, *op. cit.*, pág. 175.

...un grande, probablemente con un montón de parejas más, y con guardianes que van y vienen para asegurarse de que no haya intercambio alguno de planes ni de instrumentos de fuga. Nos vemos por encima de una mesa de 1,80 metros de ancho, en cuya parte central una especie de enrejado de protección, de 15 centímetros de altura, impide presumiblemente que nuestros gérmenes se mezclen. Se nos permitía un higiénico apretón de manos al comenzar la entrevista y uno al final; el resto del tiempo solo podíamos permanecer sentados mirándonos, mientras nos gritábamos a través de una distancia inmensa.⁵⁵

Las visitas se efectúan en un locutorio próximo a la entrada principal. Hay una mesa de madera, a un lado de la cual se sienta el preso y al otro sus visitantes. El guardián ocupa la cabecera; oye cada palabra que se pronuncia, vigila cada gesto y cada matiz de expresión. No hay intimidad alguna —ni siquiera cuando un hombre se encuentra con su mujer, a quien acaso no ha visto desde hace años—. Tampoco se permite ningún contacto entre el presidiario y el visitante, ni, por supuesto, el intercambio de objetos.⁵⁶

Una forma aún más pronunciada de este tipo de exhibición contaminadora ocurre, como ya se ha insinuado, en las confesiones dispuestas institucionalmente. Cuando hay que denunciar al otro significativo, y en particular cuando éste está físicamente presente, la confesión de la relación ante extraños puede acarrear una contaminación intensa de la relación misma, y a través de ésta, del yo. Una descripción de tales prácticas en un convento lo ejemplifica:

Las más valerosas entre las emocionalmente vulnerables eran las hermanas que se levantaban juntas para confesar su culpa: haberse apartado de sus obligaciones para estar cerca la una de la otra, o quizás haber hablado, en el recreo, de un modo que excluía a las demás. La atormentada pero inequívoca denuncia de una afinidad naciente asestaba a su relación el golpe de gracia que por sí mismas acaso no hubieran sido capaces de asestarle, ya que toda la comunidad se cuidaría en lo sucesivo de que esas dos se mantuvieran alejadas. La pareja recibiría ayuda para liberarse de una de esas

55 Hassler, *op. cit.*, págs. 62-63.

56 Dendrickson y Thomas, *op. cit.*, pág. 175.

vinculaciones íntimas que a menudo surgen en el seno de una comunidad, tan imprevisiblemente como las flores silvestres que una y otra vez alteran el esquema geométrico formal en los jardines del claustro.⁵⁷

Un ejemplo correlativo se encuentra ocasionalmente en los hospitales psiquiátricos destinados a la terapia ambiental intensiva, donde se puede obligar a las parejas de pacientes que mantienen relaciones personales, a discutir las en las reuniones del grupo.

En las instituciones totales, la exhibición puede ocurrir en formas aún más drásticas, dada la probabilidad de que un individuo presencie el atropello físico de que es víctima alguien a quien está vinculado, y sufra la mortificación permanente de no haber intervenido (y de que esto se sepa). El informe que sigue se refiere a un hospital psiquiátrico:

Este conocimiento (de la terapia de shock), se basa en el hecho de que algunos pacientes de la sala 30 han ayudado al equipo de shock en la administración de la terapia a otros, sujetándolos y ayudando a atarlos a la camilla, o vigiándolos después que se tranquilizan. La administración del shock en la sala suele efectuarse a plena vista de un grupo de espectadores interesados. El paciente es presa de convulsiones que a menudo parecen las de un accidentado en agonía, los estertores lo sacuden, y a veces lanza espumarajos de saliva por la boca. Poco a poco se va recuperando, y no conserva recuerdo del trance, pero ha servido a los otros como un espectáculo aterrador de lo que puede hacerseles.⁵⁸

El relato de Melville sobre la flagelación practicada a bordo de un barco de guerra del siglo XIX aporta otro ejemplo:

Por más que uno quiera sustraerse a la escena que se desarrolla, debe presenciarla; o, por lo menos, permanecer cerca, ya que los reglamentos exigen la presencia de casi toda la tripulación, desde el corpulento capitán en persona, hasta el más pequeño de los grumetes que toca la campana.⁵⁹

57 Hulme, *op. cit.*, págs. 50-51.

58 Belknap, *op. cit.*, pág. 194.

59 Herman Melville, *White Jacket*, Grove Press, Nueva York, s. f., pág. 135.

Y lo inevitable de su propia presencia en el espectáculo: el fuerte brazo que lo arrastra a mirar eso, y lo mantiene allí hasta que todo acaba, imponiendo a sus ojos y a su alma rebeldes los sufrimientos y gemidos de hombres con quienes ha compartido familiarmente los momentos de las comidas y las guardias —hombres de su propia estirpe y categoría—, todo esto comporta una terrible visualización de la autoridad omnipotente bajo la cual vive.⁶⁰

Lawrence brinda un ejemplo militar:

Una noche el estallido del bastonazo en la puerta de la barraca en el acto de pasar lista fue tremendo; y la puerta se abrió de golpe, saliéndose casi de sus goznes. Baker, V. C., un cabo que se tomaba muchas libertades en el campamento debido a su condecoración de guerra, irrumpió a plena voz. Recorrió mi lado de la barraca inspeccionando las camas. El pequeño Nobby, tomado de sorpresa, tenía una cama puesta y la otra no. El cabo Baker se detuvo. «¿Qué diablos le pasa a usted?» «Estaba aplastando un clavo que me lastima el pie». «Póngase la bota inmediatamente. ¿Su nombre?» Siguió hasta la puerta del fondo y desde allí se dio vuelta como un torbellino, vociferando «¡Clarke!» Nobby gritó correctamente «¡Cabo!» y avanzó renqueando por el pasillo, a la carrera (debemos correr siempre que se nos llama), para cuadrarse rígidamente ante él. Una pausa. Luego, con voz cortante: «Vuelva a su cama».

El cabo aguardó aún, y también tuvimos que aguardar nosotros, formados junto a nuestras respectivas camas. Un nuevo grito seco: «¡Clarke!» La escena se repitió, una y otra vez, mientras nuestras cuatro filas miraban, inmovilizadas por la vergüenza y la disciplina. Eramos hombres, y allí había un hombre que estaba degradándose a sí mismo y a su especie, al degradar a otro. Baker buscaba camorra evidentemente, y esperaba provocar en alguno de nosotros un acto o una palabra que le permitieran fundar un cargo.⁶¹

El límite extremo de esta clase de mortificación experimental se encuentra, por supuesto, en la bibliografía sobre los campos de concentración:

⁶⁰ *Ibid.*, pág. 135.

⁶¹ Lawrence, *op. cit.*, pág. 62.

Un judío de Breslau llamado Silbermann tuvo que mantenerse inmóvil mientras el sargento Hoppe, de la S.S., sometía a su hermano a brutales torturas hasta provocarle la muerte. Silbermann se volvió loco al verlo, y en altas horas de la noche desencadenó el pánico anunciando con alaridos frenéticos que las barracas se incendiaban.⁶²

III

He considerado algunas de las agresiones más elementales y directas contra el yo, varias formas de desfiguración y contaminación a través de las cuales el significado simbólico de los hechos que ocurren en la presencia inmediata del interno refuta dramáticamente su autoconcepción anterior. Querría examinar ahora una fuente de mortificación menos directa en sus efectos, y cuya significación para el individuo no es tan fácil determinar: una ruptura de la relación habitual entre el individuo actor y sus actos.

La primera ruptura que debemos considerar aquí es el *looping*: un estímulo que origina una reacción defensiva por parte del interno, toma esta misma reacción como objetivo de su próximo ataque. El individuo comprueba que su respuesta defensiva falla en la nueva situación: no puede ya defenderse en la forma de costumbre, poniendo cierta distancia entre la situación mortificante y su yo.

Las pautas de deferencia vigentes en las instituciones totales ilustran el efecto de *looping*. En la sociedad civil, cuando un individuo tiene que aceptar circunstancias y órdenes que ultrajan su concepción del yo, se le concede un margen de expresión reactiva para salvar las apariencias: gestos de mal humor, omisión de las manifestaciones de respeto habituales, maldiciones entre dientes, o expresiones aisladas de despecho, ironía y sarcasmo. El sometimiento en tales ocasiones puede asociarse a una actitud manifiesta, que en sí misma no está obligada al mismo grado de sometimiento. Aunque estas reacciones expresivas de autoprotección frente a las exigencias humillantes tampoco faltan en las instituciones totales, el personal puede reprimirlas en el acto por vía punitiva, alegando explícitamente el enfurruñamiento o

62 Kogon, *op. cit.*, pág. 160.

la insubordinación de los internos como fundamentos de castigo institucional. Así, al describir la contaminación del yo resultante de haber tenido que tomar la sopa en su escudilla de men-
sual Kathryn Hulme comenta, a propósito del sujeto de su

impidió que la expresión de su rostro traicionara la
debilidad que encrespaba su alma mortificada al beber las
sopas. Sabía que bastaba una señal de rebelión, para pro-
ducir por segunda vez la humillación espantosa que estaba
seguro de no poder soportar nunca más, ni siquiera por amor

El proceso de integración característico de las instituciones
crea otras clases de *looping*. En el curso normal de
los acontecimientos, la segregación de públicos y roles que
es propia de la sociedad civil, impide que las confesiones
que hacemos implícitas que se hagan respecto al yo en un esce-
nario físico de actividad, sean cotejados con el comporta-
miento demostrado en otros ambientes.⁶⁴ En las institucio-
nes totales tienden a juntarse las diferentes esferas de vida,
de modo que la conducta del interno en un campo de la
actividad es echada en cara, por parte del personal a modo
de comentario y control sobre su conducta en otro contexto.
El esfuerzo que hace el enfermo mental por presentarse en
forma bien orientada y sin antagonismos en el curso de una
consulta que determinará su diagnóstico o su tratamiento,
puede malograrse, si se introducen pruebas de su apatía en
los recreos, o se mencionan los amargos comentarios que
hizo a su hermano, en una carta, que éste facilitó al direc-
tor del hospital, para que se añadiera a la historia clínica del
paciente, y se considerara durante la consulta.

Los establecimientos psiquiátricos más adelantados proveen
excelentes ejemplos del proceso de *looping*, ya que en ellos,
la retroalimentación didáctica puede erigirse en una doctri-
na terapéutica fundamental. Se siente que una atmósfera
de tolerancia alienta al interno a «proyectar» o «sacar a

63 Hulme, *op. cit.*, pág. 53.

64 En la sociedad urbana, los crímenes y otros tipos de desviación
afectan la aceptación del desviado en todas las áreas de la vida
pero esta confusión de esferas se aplica especialmente a los delin-
cuentes, no a la masa de la población, que no delinque en estas
formas, o delinque sin ser detectada.

luz» sus dificultades características en la vida, hacia las que se puede luego atraer su atención en las sesiones de terapia de grupo.⁶⁵

A través del proceso de *looping*, pues, la reacción del interno ante su propia situación recae necesariamente sobre la situación misma, y no le es dado mantener la separación habitual de estas fases de acción.

Puede citarse ahora un segundo ataque contra el status del interno como actor, ataque descrito, en forma muy general, con las categorías de regimentación y tiranización.

En la sociedad civil, cuando el individuo llega a la edad adulta, ha asimilado estándares socialmente aceptables para el desempeño de casi toda su actividad, de modo que el problema de la corrección de sus actos solo se plantea en determinados momentos, como, por ejemplo, cuando se juzga su capacidad productiva. Fuera de ello, se le permite proceder a su arbitrio.⁶⁶ No tiene que mantenerse constantemente al acecho para ver si hay señales de críticas u otras sanciones. Además, muchos actos se le presentarán como asuntos de gusto personal, en los que goza de opción dentro de toda una gama de posibilidades específicas.

Hay un vasto sector de la actividad individual en que la autoridad se abstiene de juzgar o de intervenir, y cada uno queda librado a sí mismo. En tales circunstancias, puede uno programar sus actividades concertándolas entre sí para su mayor provecho, en una especie de «economía personal de los propios actos». Es lo que hace una persona al posponer unos minutos la comida para terminar una tarea, o bien al dejar una tarea poco antes de terminarla para ir a comer con un amigo. En una institución total, en cambio, el personal puede someter a reglamentos y a juicios, segmentos minúsculos de la línea de acción de una persona; la permanente interacción de sanciones emanadas de la

65 Una declaración clara puede hallarse en R. Rapoport y E. Skellern, *Some Therapeutic Functions of Administrative Disturbance*, «Administrative Science Quarterly», II, 1957, págs. 84-85.

66 El tiempo que el empleado trabaja discrecionalmente, sin supervisión, puede en realidad tomarse como medida de su pago y su status en una organización. Véase Elliott Jaques, *The Measurement of Responsibility: A Study of Work, Payment, and Individual Capacity*, Harvard University Press, Cambridge, 1956. Y así como «la duración de la responsabilidad» es un índice de status, un período prolongado libre de inspección es una recompensa al status.

superioridad invade la vida del interno, sobre todo durante el período inicial de su estadía, antes de que acepte sin pensar los reglamentos. Cada especificación priva al individuo de una oportunidad de equilibrar sus necesidades y sus objetivos en una forma personalmente eficiente, y expone su línea de acción a las sanciones. Se viola la autonomía misma del acto.

Aunque este proceso de control social está en vigencia en toda sociedad organizada, tendemos a olvidar hasta qué punto puede hacerse minucioso y estrictamente restrictivo en las instituciones totales. El informe sobre la rutina diaria en una cárcel para delincuentes juveniles presenta un ejemplo impresionante.

A las 5.30 nos despertaban y teníamos que saltar de la cama y permanecer en actitud de firmes. Cuando el guardián gritaba «¡Uno!» había que sacarse la camisa de dormir; al grito de «¡Dos!», doblarla; al de «¡Tres!», hacer la cama. (Solo dos minutos para tender la cama de un modo difícil y complicado.) Entre tanto, tres celadores solían aturdirnos con sus atronadores: «¡Apúrense!» y «¡A ver si se mueven!»

También nos vestíamos al compás de números: «¡Uno!», y había que ponerse la camisa; «¡Dos!», los pantalones; «¡Tres!», las medias; «¡Cuatro!», los zapatos. Cualquier ruido, como el de un zapato al caer y hasta su roce contra el suelo, bastaba para que lo llamaran a uno al orden.

...Una vez abajo, todos mirábamos hacia la pared, rígidos, con los brazos caídos, los pulgares al nivel de las costuras del pantalón, la cabeza levantada, los hombros hacia atrás, el estómago hacia adentro, los talones juntos, la vista al frente, sin rascarse ni llevarse las manos a la cara o a la cabeza, sin mover siquiera los dedos.⁶⁷

De una cárcel para adultos proviene otro testimonio:

El régimen de silencio era obligatorio. No se podía hablar fuera de la celda, ni en las comidas ni durante el trabajo. No se permitían imágenes en las celdas, ni mirar de un lado a otro en las comidas. Las cortezas de pan no podían dejarse sino al lado izquierdo del plato. Se exigía que los internos permanecieran en posición de firme gorra en mano,

67 Hassler, *op. cit.*, pág. 155, citando a Robert McCreery.

hasta que cualquier oficial, visitante o guardián se perdiera de vista.⁶⁸

Y de un campo de concentración se informa:

En las barracas una enormidad de impresiones nuevas y confusas abrumaba a los prisioneros. Hacer las camas era un motivo de chicana particular para los S.S. Jergones de paja informes y estropeados debían quedar lisos como una tabla, la orilla de las sábanas paralela a los bordes, las almohadas dispuestas en los ángulos correctos...⁶⁹

... Los S.S. aprovechaban las faltas más insignificantes para aplicar castigos: tener las manos en los bolsillos cuando hacía frío; levantarse el cuello del saco bajo la lluvia o el viento; perder los botones; un mínimo desgarrón o una mota de polvo en la ropa; los zapatos sin lustrar...; los zapatos demasiado bien lustrados indicaban a su vez que el dueño desatendía otras ocupaciones; cualquier negligencia en el saludo, inclusive la llamada «postura de zánganos»; la más leve desviación al formar escuadras y filas o al disponerse los prisioneros por orden de estatura; la sombra de un balanceo, tos, o estornudo... podían provocar un salvaje estallido de los S.S.⁷⁰

Del ambiente militar procede el siguiente ejemplo de las sutilezas que podían exigirse:

Primero la túnica, doblada de modo que el cinturón quedara chato; cubriendo la túnica, los pantalones, reducidos a la superficie exacta de aquélla, con cuatro pliegues de acordeón mirando hacia adelante. Las toallas se doblaban una, dos, tres veces, y flanqueaban la torre azul. Frente a ésta, se asentaba un chaleco de punta rectangular. A cada lado, una polaina enrollada. Las camisas estaban empaquetadas y adosadas por pares, como ladrillos de franela. Delante de éstas, los calzoncillos. Entre éstos se apretujaban los zoquetes en bultitos esféricos. Nuestros maletines estaban

68 T. E. Gaddis, *Birdman of Alcatraz*, New American Library, Nueva York, 1958, pág. 25. Para una norma de silencio similar, en una prisión británica, véase Frank Norman, *Bang to Rights*, Secker and Warburg, Londres, 1958, pág. 27.

69 Kogon, *op. cit.*, pág. 68.

70 *Ibid.*, págs. 99-100.

abiertos, y exhibían cuchillo, tenedor, cuchara, navaja, peine, cepillo de dientes, cepillo de baño y abrochador, dispuestos en el orden mencionado.⁷¹

De una ex-monja se cuenta que debió aprender a llevar las manos quietas⁷² y escondidas, y aceptar que solo se permitiera llevar en el bolsillo seis objetos determinados.⁷³

Una ex-paciente habla de la humillación de recibir una cantidad limitada de papel higiénico cada vez que lo pedía.⁷⁴ Como se ha sugerido anteriormente, uno de los medios más efectivos de desbaratar la economía de acción de una persona es obligarla a pedir permiso o elementos para las actividades menores que cualquiera puede cumplir por su cuenta en el mundo exterior, tales como fumar, afeitarse, ir al baño, hablar por teléfono, gastar dinero o despachar cartas. Esta obligación no sólo impone al individuo un rol de sometimiento e invalidez antinatural en un adulto, sino que, por añadidura, deja su línea de acción expuesta a las intromisiones del personal. En vez de obtener inmediata y automáticamente lo que solicita, lo más probable es que el interno tenga que soportar bromas, negativas, largos interrogatorios, faltas de atención o simplemente, como sugiere una ex-enferma mental, que la saquen del paso.

El que no ha estado nunca en una posición de desamparo similar quizá no alcance a darse perfecta cuenta de la humillación que sufren quienes, sin tener ningún impedimento físico, pero sin autoridad para desempeñar por sí mismas las ocupaciones más elementales, deben recurrir a una cargosa insistencia para lograr cosas tan minúsculas como una muda limpia o un fósforo para encender el cigarrillo; y para eso importunan constantemente a las enfermeras que se los sacan de encima prometiendo complacerlas «al cabo de un minuto» y se marchan dejándolas sin lo pedido. Hasta el personal de la cantina parecía compartir la opinión general de que era un desperdicio gastar miramientos con las

71 Lawrence, *op. cit.*, pág. 83. Véanse, a propósito de esto, los comentarios de M. Brewster Smith sobre el concepto de *chicken*, en Samuel Stouffer y otros, *The American Soldier*, 4 vols., Princeton University Press, Princeton, 1949, vol. I, pág. 390.

72 Hulme, *op. cit.*, pág. 3.

73 *Ibid.*, pág. 39.

74 Ward, *op. cit.*, pág. 23.